

Fuente: <http://www.dominicos.org/provesp/adgentes/Selvas.htm>
Fecha de acceso: 20.06.2003

EXPEDICIÓN A INKONENE

P. Santiago Echeverría, O.P.

Me parece importante y hasta obligatorio informar a nuestros misioneros de "Selvas Amazónicas" sobre los avances pastorales que la misión de Timpía viene realizando en estos rincones selváticos. El Señor no descuida a sus hijos primitivos y aislados y les va abriendo horizontes de una gozosa esperanza.

El año pasado comunicamos los felices resultados de la expedición a Marentari. Pero nos comprometimos a seguir adelante y llegar hasta Inkonene, lugar donde viven los nativos más peligrosos, los que tienen, desde tiempos muy remotos, fama de criminales. Como único misionero de Timpía me ha correspondido preparar, un poco en solitario, la nueva expedición. Primero, he estudiado todo el recorrido, calculando con cierta aproximación el tiempo a emplearse y contando con el apoyo de un helicóptero en la entrada hasta Marentari, para avanzar después por el río Timpía. La salida o regreso siempre me ha parecido menos peligrosa hacerla por el río Camisea, y esa era la intención de los expedicionarios. También ha sido necesario formar un grupo de personas muy responsables, fuertes, con buena salud para evitar contagios y conocedores de las diferencias o peculiaridades que tiene el dialecto del Alto Timpía. El grupo expedicionario ha estado formado por siete hombres: Agustín, Vice-Presidente de la Comunidad de Timpía y representante de la Misión, Jorge Timpía, guía principal y su ayudante Alfredo Nochomi, Antonio, Teodoro y Lucho, nantis-kogapakoris de Kimaroari y su profesor Jesús Maonte.

La Empresa Transportadora de Gas del Perú (TGP) nos brindó su apoyo, con un helicóptero, para cubrir la primera y más difícil etapa de la expedición. Así se evitaban siete días de penosa marcha por el río Timpía. Mi ilusión era contar con la presencia de alguno de mis compañeros de los puestos misionales vecinos, pero sus ocupaciones pastorales no les permitió ponerse al frente de nuestra expedición. Pienso que el anuncio de la Buena Noticia y hacer presente al Señor compartiendo su santa cena con estos primitivos debe ser imprescindible en toda expedición misionera.

Por último, la preparación material. Las siete mochilas se fueron llenando de toda clase de objetos para servicio de los no contactados: machetes, hachas, cuchillos, anzuelos, ollas, agujas, fósforos, y gran variedad de ropa.

El 20 de septiembre, a las 10 de la mañana, llegó el helicóptero pilotado por un joven boliviano, muy amable. Toda la comunidad de Timpía rodea a los expedicionarios, que emocionados, subieron a la nave. También con emoción los encomendé al Señor. El helicóptero hizo dos viajes de Timpía a Marentari. Sólo 18 minutos tardó en recorrer la distancia que el año pasado se hizo en siete días de penosa marcha. En el primer viaje entraron el médico del Puesto de Salud y la enfermera, Ríta Semperi, machiguenga. Ambos, en menos de una hora, hicieron revisión médica y vacunaron a todos los nativos. En adelante voy a resumir las informaciones que me dan los expedicionarios. El helicóptero aterriza en las playas de Marentari, comunidad de no contactados visitada el año pasado, por primera vez. El encuentro es confiado y alegre. Los kogapakoris rodean a los visitantes y les van contando todos los acontecimientos que han sucedido durante la larga ausencia. También hay sorpresas. El pequeño grupo de Marentari sigue tan primitivo como el año pasado. La gran inundación de enero les llevó ollas, herramientas y ropas, quedando, de nuevo, desnudos. Sólo Mauro, el jefe, a modo de distinción, viste una camiseta tan corta que ni le cubre todo lo que el buen Dios le ha donado para que le ayude en su labor creadora. Extraño espectáculo. Han nacido tres niños, pero faltan dos hombres y un niño. Nuestra gente siente gran tristeza al comprobar que ha muerto Francisco, el hombre bueno que los acogió el año anterior. Muerto también Rubén y un niño que cayó del árbol cuando ponía una trampa a los pajaritos. Los nativos dicen que estas muertes han sido causadas por la brujería que les han hecho sus enemigos de Shinkeve. He indagado los detalles de esta brujería y concluyo que ambos hombres han muerto a causa de una diarrea imparable. Sin duda, brujería de las peores. Después del almuerzo, alegremente compartido,

viene el reparto de herramientas, fósforos, ropa y tantas cosas útiles que transportó el helicóptero. El reparto es una verdadera fiesta. Al anochecer planifican la marcha a Inkonene. Mauro les promete que no habrá problemas en el encuentro, porque son amigos y se visitan con frecuencia.

Al día siguiente, 21 de Setiembre, a las 10,30 de la mañana, sale la expedición caminando por las playas del río, cruzándolo donde es necesario y entrando en el bosque cuando el cauce se estrecha demasiado. Van de guías el mismo Mauro con sus dos esposas y José con la suya. A las 4.30 de la tarde llegan a la quebrada de Inkonene, que desemboca en la margen izquierda del Timpía. Muy cerca está la comunidad, y se adelantan las tres señoras para dar la noticia de su visita a los nativos de Inkonene. Minutos después se presentan todos los expedicionarios. El encuentro es amistoso, como si se tratase de viejos conocidos. Este grupo de auténticos kogapakoris.. considerados como los más temidos de todo el río, se han portado como paisanos acogedores y sin la menor desconfianza hacia los machiguengas de Timpía. Nuestro guía Jorge y Teodoro, los más entendidos en el dialecto de Inkonene, mantienen un largo diálogo. Maonte me deja su libreta donde tiene anotado: hay siete hombres y siete mujeres, once niños. Los hombres están desnudos y casi todas las mujeres se cubren con faldas de toско algodón. Todos llevan alrededor del cuello collares de dientes de animales salvajes y semillas. También soguillas de fibras vegetales, muy fuertes, para trepar a los árboles. Tienen cuatro chozas de palos y techo de paja, con un fuego o fogón cada una. Comen yuca, plátano, pescado y animales de monte. No hay herramientas de metal, usan hachas de piedra y cuchillos confeccionados con colmillos de animales salvajes. Las espinas de algunos pescados las preparan para que sirvan de agujas. Hacen fuego frotando, pacientemente, dos palitos especiales. No hay ancianos. Dos hombres están enfermos, como resfriados, Hablan el idioma machiguenga como en Timpía, pero con alguna diferencia en la pronunciación que obliga a poner mucha atención al iniciar el diálogo. Tienen contacto con los paisanos de Marentari y con un grupo de kogapakoris muy bravos que viven a tres vueltas, río Timpía arriba.

Después de compartir la comida: yuca y pescado, viene el reparto de machetes, hachas, cuchillos, agujas, ollas, y ropas. Como en Marentari se habían repartido muchas ropas, algunas niñas tienen que ponerse calzoncillos de niño, pero sin ningún problema ya que nunca habían usado vestimenta alguna. La imposición de nombres tiene gran solemnidad. Ellos no usan nombre, pero es posible que se llamen con apodos referentes a algún animal, y siempre en un plano confidencial. Jorge reparte nombres sonoros y cristianos a todos. Se sienten muy felices.

Y llega el acto final, el más serio. Agustín, Vicepresidente de la Comunidad de Timpía, reúne a todos los kogapakoris y junto con sus compañeros reza el padrenuestro, avemaría y unas oraciones que lee en un pequeño libro que guarda desde su infancia. Termina esta sencilla ceremonia con la imposición del rosario luminoso, fosforescente, a todos los nativos, como signo de protección de María, Madre del Salvador. Los amigos de Inkonene no entienden nada, pero quedan admirados por la devoción con que Agustín celebra esta paraliturgia machiguenga. No parece desacertado iniciar un acercamiento a Dios por el camino de la admiración.

El día 23 vuelven a Marentari, después de despedirse de los paisanos de Inkonene y prometerles una nueva visita para el próximo año. En este momento del retorno se preocupan por cumplir el último objetivo de la expedición: volver a Timpía por otro camino, en concreto por el río Camisea, de cauce más ancho y navegación menos peligrosa. Pero todo esfuerzo por encontrar la nueva ruta resultan desafortunados y hay que volver a casa por los desfiladeros y peñoleras del río Timpía. Gracias a Dios todo el viaje se realiza sin accidentes, y el día 28, los siete hombres hacen su entrada en la misión de Timpía donde nos abrazamos, felices, por el retorno y los buenos resultados de la expedición. Arriba quedan los kogapakoris de Inkonene esperando nuevas visitas. Que el Dueño de la mies cuide estos campos silvestres hasta que lleguen las soñadas cosechas.